



Diccionario práctico

La causa del ser humano

Aunque por el título pudiera parecerlo, no vamos a referirnos en este apartado al origen físico o metafísico del ser humano. Ese aspecto lo hemos abordado, de modo más o menos directo, en ediciones anteriores de esta sección. En esta ocasión nos ocupamos de la causa en tanto que motivación o razón para obrar, tal como la utiliza A. Rubio en la decimoquinta historia de su libro¹. Dicha historia se presenta bajo el epígrafe «La pseudolibertad» y es la última de un grupo en que se van asumiendo las consecuencias de las afirmaciones básicas del realismo existencial.

Rubio es rotundo en su expresión: la causa de una persona «es ante todo vivir y poder amar». Ésa es una gran luz que ilumina todo lo que alrededor del ser humano pretenda afrontarse. La contingencia que proclama el realismo existencial —es decir, que no somos seres necesarios— no deriva en relativismo existencial, sino en un aprecio radical por lo que ha llegado a ser. Si, como hemos resaltado en diversas ocasiones, los existencialismos derivan de la contingencia la náusea por una vida que se les antoja demasiado pequeña, el realismo existencial invita a una celebración por esa misma vida única e irrepetible.

Por eso resulta inadmisibles que se conduzca a los existentes a perder su mayor bien, la vida, en aras de hipotéticos bienes mayores, de alguna «causa». Una cosa es afirmar que somos necesariamente seres mortales y que tenemos que aceptar con gozo tal límite mortal, y otra muy diferente es abocar a las personas a morir voluntariamente por algún motivo, máxime cuando no se han agotado otras salidas a la misma situación.

Matar como medio para alcanzar unos bienes, por nobles que éstos sean, no pasa de ser una pseudolibertad, puesto que la violencia deja tras de sí unas ataduras difíciles de desligar. Eso, si no se lleva por delante la vida de quien debía ser liberado. □

¹ RUBIO, A., *22 historias clínicas —progresivas— de realismo existencial*. Edimurtra, Barcelona, 1985³, pág. 137-143.

El tema

El bien de los presentes

Quizás por estar concebido primero, y escrito después, en una época donde las ideologías de distinto carácter florecían vigorosas por doquier, el realismo existencial es especialmente sensible a toda propuesta que haga que alguien pierda su vida por un ideal que, por definición, es algo no real. Ya hablamos en su momento sobre la bondad de soñar cosas reales y posibles, y no ideales abstractos, meras quimeras.

El poder detentado por algunos inculca en otros el germen de la violencia asesina, mientras los poderosos —y manipuladores— se mantienen a salvo. Piden o inducen a sus seguidores a que maten a otros para alcanzar sus fines y a que también estén dispuestos a morir por ellos; aunque, por supuesto, ellos no entran en ese mismo trato. Sacarán partido, económico o en clave de poder, de la lucha que los otros padecerán. Y, en caso de que sea conveniente, lavarán su imagen con actos públicos de reconocimiento y agradecimiento al valor de quienes murieron por la causa.

Ningún fin justifica tal demanda. Por grandes que sean las injusticias cometidas —y sin negar que muchas realmente lo son— es una trampa defender que la única manera de combatirlas es a través de una violencia que en su camino arrasa con la vida de muchos inocentes que jamás podrán saborear ninguno de esos bienes por haber muerto antes. Como escribe Rubio: «Queriendo librarles de unos males, les das otros irreparables.»

Sabemos que uno de los bienes más preciados para el ser humano es la paz, porque es el humus

en el que puede desarrollarse una vida plena y feliz. Y que la justicia es precisa para que se dé. Por esa paz hay que luchar, sí, pero con medios incruentos. La vida de alguien jamás puede considerarse un mero «daño colateral».

Por ello, quienes se ocupan y preocupan por la organización política de los pueblos, deben tener en el centro de su mira a los presentes, a quienes existen ya hoy. Por el bien de éstos es por quienes deben trabajar, puesto que los futuros, sean quienes sean, serán fruto de ese tiempo y de cómo se desarrolló. La relación con el futuro es de responsabilidad; conviene legarles un mundo habitable donde puedan vivir satisfactoriamente. Pero no se ha de lograr esto a costa de la vida de los presentes.

Entregar la vida por la causa, según lo que estamos explicando, debería significar aprovecharla

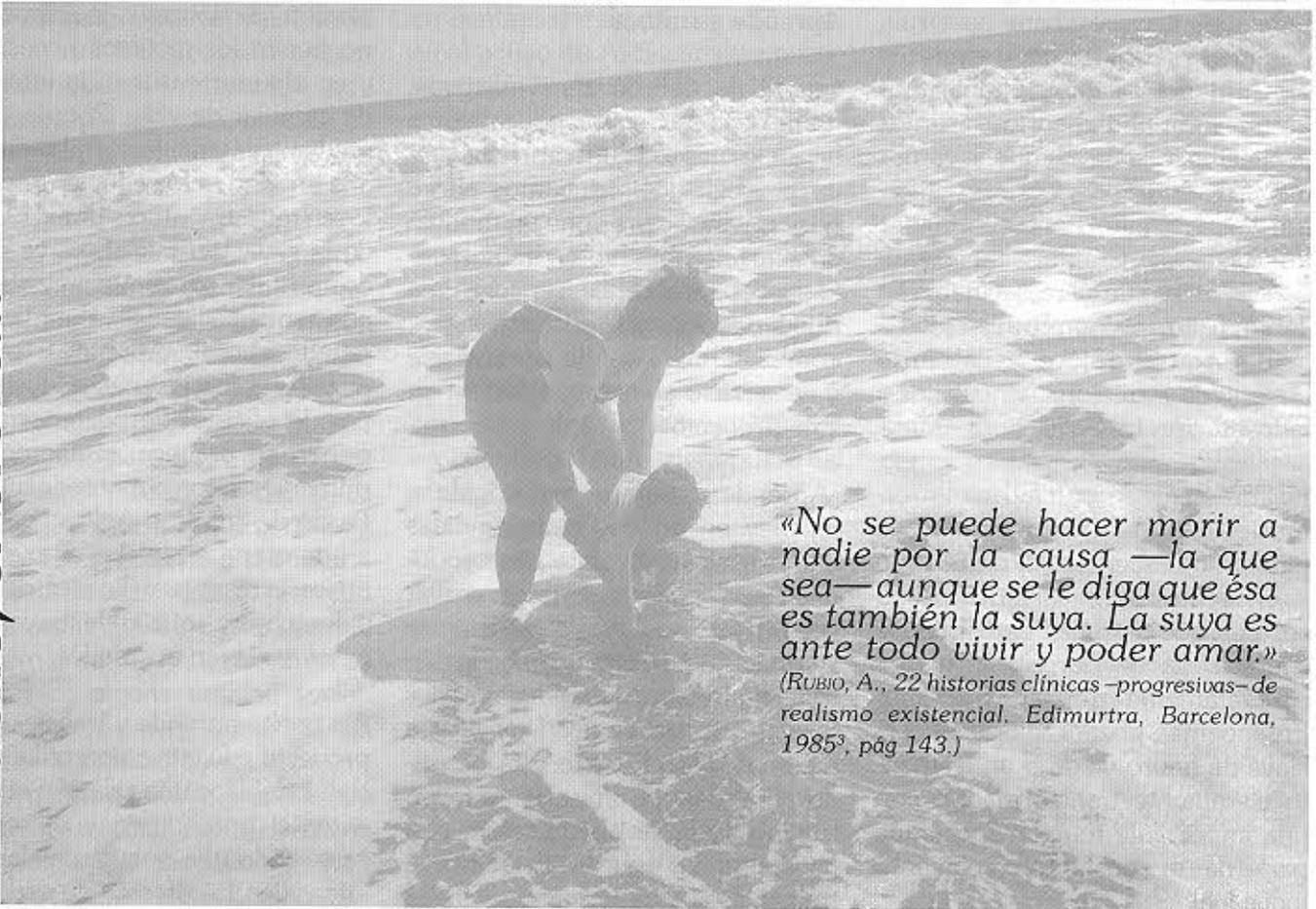
al máximo, desplegando todas las potencialidades posibles, porque la causa de cada uno es vivir y, como bien dice Rubio, «poder amar» que es lo que plenifica al ser humano.

Desde aquí se comprende el matiz que el propio autor deja abierto cuando afirma que sí hay algo por lo que puede darse la vida. «Uno puede no temer morir por los amigos»; pero tiene sentido hacerlo si es para que éstos no mueran. Puede morirse por mantener una vida ajena, en el sobrentendido de que se trata de una vida que ya existe. Éste es un acto de libertad de la persona y, por tanto, una decisión personal e inalienable. No todo el mundo tiene que responder de la misma manera, ni es exigible a nadie, pero es lícito hacerlo. Es otro modo de velar por el bien de los presentes. □

PLIEGO. REALISMO EXISTENCIAL PARA TODOS
sección a cargo de **Nardilia PLÁ**
Doctora en Filosofía
SALAMANCA

Lo bueno, si breve...

PATRICIA DE LEÓN



«No se puede hacer morir a nadie por la causa —la que sea— aunque se le diga que ésa es también la suya. La suya es ante todo vivir y poder amar.»

(RUBIO, A., 22 historias clínicas —progresivas— de realismo existencial. Edimurtra, Barcelona, 1985³, pág. 143.)